

Margarita Occhiena

Madre de Don Bosco
y de la Familia Salesiana

La pobreza nunca fue una humillación para mamá Margarita. Fue una luz que le ayudó a ver las cosas claras. Cuando Juan llegue al umbral del sacerdocio, tras fatigas y dificultades, su madre le dirá: "Sigue tu camino sin mirar a la cara a nadie". Lo importante es hacer la voluntad del Señor. De ti, yo no deseo nada, no espero nada. He nacido pobre, he vivido pobre, y quiero morir pobre. Aún más, te lo quiero decir enseguida: si por desgracia llegas a ser un cura rico, no pondré nunca mis pies en tu casa".

Y en el año 1846, en el momento de abrir su primera obra para los muchachos abandonados, Don Bosco pudo decir a su madre: "Un día usted me dijo que, si llegaba a ser rico, no vendría nunca a mi casa. Ahora, por el contrario, soy pobre, y pronto voy a hospedar muchachos abandonados. ¿Por qué no se viene a estar conmigo?".

Margarita tenía cincuenta y ocho años, y era abuela de nueve nietecitos que la adoraban. En su casa se sentía como una reina. Pero a la propuesta de su hijo respondió: "Sí crees que esa es la voluntad del Señor, estoy dispuesta a ir".

En noviembre de 1846 llegó a la pobrísima casa de Valdocco, a la barahúnda de los "pilluelos" del Oratorio. Y ya no salió de él. Fue su sacrificio mayor, el más doloroso. Pero Dios la llamaba a ser la madre de los huérfanos, y ella silenciosamente aceptó.

La vida de los primeros muchachos recogidos por Don Bosco y por su



madre es muy pobre, como la de todos. A la hora de la comida, se amontonan, agitando una escudilla o un puchero, alrededor del caldero de mamá Margarita. Cada uno recibe un cucharón de arroz y patatas o más frecuentemente, de polenta hervida con castañas secas. Además de la comida, uno de los problemas más importantes es la higiene personal. Mamá Margarita monta un lavadero. Había muchachos, recordaba Don Bosco, "cuyos pantalones y chaqueta eran unos andrajos. Los había que no podrían cambiarse nunca aquel andrajo de camisa que llevaban encima; estaban tan sucios que ningún amo los quería recibir para trabajar en su taller".

Cuando los muchachos se habían acostado, Margarita consideraba obligación suya el "tomar aquellas chaquetas, aquellos pantalones repugnantes, arreglarlos, tomar aquellas camisas todas rotas y quizás nunca lavadas; lavarlas, remendarlas y entregarlas de nuevo a los pobres muchachos". A Margarita los muchachos la llamaban "mamá", y lo era realmente. Madre del Oratorio y de todos aquellos muchachos

que buscaban en ella un suplemento de pan y de afecto.

Razón, religión, amabilidad: los tres valores que forman el sistema educativo, Don Bosco los aprendió de su madre. La gran Obra Salesiana fue acunada sobre las rodillas de mamá Margarita. Si existe la santidad del éxtasis y de las visiones, existe también la de las ollas que limpiar, la de los pantalones que remendar, la de los muchachos que hay que sacar adelante a base de polenta y de amor. Mamá Margarita fue una santa de esta clase.

1846-1856. Diez años en el alboroto permanente de centenares de voces que gritan, cantan, discuten. Ella que tanto amaba el silencio y la paz del campo, encuentra de vez en cuando el silencio en la iglesia de San Francisco, donde se aferra al rosario para tomar la fuerza de seguir, de no quejarse.

Un día ve a su hijo que multiplica las castañas, los bollos de pan, y los muchachos le aplauden. Ella los ha multiplicado durante diez años, y a ninguno se le ha ocurrido nunca aplaudirla.

